

EDITORIAL

El Día de la Hispanidad *

Lic. Mario de la CUEVA, Rector de la Universidad Nacional de México.

Jóvenes estudiantes:

No es mi propósito relatar a ustedes acontecimientos de todos conocidos: la vida excelsa de Cristóbal Colón, o la tradición poética del ilustre convento de Santa María de la Rábida, o la majestad de los Reyes Católicos, que reclaman de México un monumento digno de la grandeza de su gesto generoso, o los detalles del viaje que parece guiado por mano providente, o la aparición de nuestras tierras a los marinos hispanos.

Hemos escuchado en los últimos días y leído en varios artículos el reproche de la juventud, ante la ausencia, se dice, de un verdadero maestro, cuyo ejemplo y cuya palabra fueran como el faro que guía a los navegantes. Comprendemos la angustia de los jóvenes, pero pensamos que el reproche no es del todo justo, pues si el ejemplo es lo valioso, ahí tenemos la figura de muchos maestros y de muchos estudiantes también, que día a día vinieron a estas aulas —a este islote de la cultura y la honradez, como ha llamado el Secretario de Educación a nuestra Casa de Estudios—, a defender los fueros del espíritu frente a una demagogia empeñada en destruir las grandes tradiciones

* Discurso pronunciado en el Anfiteatro Bolívar, de la Escuela Nacional Preparatoria, el día 12 de octubre de 1941.

de nuestra historia. En esta actitud heroica, de hombres como el maestro Antonio Caso —quien, independientemente de sus méritos intelectuales como vencedor del positivismo, tiene como imperativo de vida la honradez y ha preferido arrostrar la miseria antes que doblar la frente a la exigencia de los insensatos—, radica nuestra grandeza y el ejemplo y la enseñanza y la doctrina. Y queremos decir a la juventud de México que si en otros países hay mejores maestros, en ninguna parte la enseñanza universitaria es, como entre nosotros, un verdadero apostolado, y también que en parte alguna del mundo existe una Universidad tan libre como la nuestra; y si este celo por la libertad fuera la única enseñanza de nuestros maestros, sería ya una doctrina y un ejemplo a seguir, en medio del servilismo de las conciencias que prevalece en tantos países; y esta libertad la seguirá defendiendo: la Universidad de México y habrá de imponerse a pesar de las protestas, como el discurso que aparece hoy en la prensa, de quienes quisieran que la juventud de México se pusiera al servicio de doctrinas que contradicen la esencia de nuestra nacionalidad.

La crisis que vivimos no es crisis del pensamiento, sino de la conciencia: es ausencia de sentido moral en la vida, crisis de los valores morales. Por esto quisiéramos que en el artículo tercero de nuestra Constitución se dijera que la educación tiene como fin formar una conciencia moral en el niño que le obligue a conducirse con honradez y con amor para el prójimo. No son pensadores los que faltan al mundo; es cierto, tal vez, que falta a la especulación filosófica el genio de Aristóteles, de Descartes o de Kant; mas lo que ocurre, es que el genio de nuestros días se aplica de preferencia a la ciencia y alcanza en ella regiones sólo comparables a las que Platón alcanzó en filosofía pura. Lo que nos falta es el sentido de la moral y por ello estimamos absurdo el intento de los gobiernos para destruir nuestra moral tradicional: la de la cultura occidental, la que hizo grandes a los pueblos de Europa, la de los Reyes Católicos, la que nos enseñó España, la única que conocemos y queremos.

La crisis del presente es una crisis vieja y arranca del movimiento denominado “La Reforma Religiosa”. Es importante notar que los pueblos que hoy se disputan el dominio del mundo; que los imperialismos existentes y los que pretenden serlo: el mundo sajón y el germánico, y a los que esperamos ver destruídos por igual para que otra vez resplandezca el genio latino, de la jurista Roma, de la Francia gloriosa, de la

España del Siglo de Oro y de los Misioneros y de esta nuestra América, son, precisamente, aquellos en los cuales se difundió la Reforma.

Nuestra tragedia es una vieja crisis de las conciencias. Vivimos en un mundo materialista, que no es de hoy, que es muy antiguo, que se viene formando desde la época de la Reforma y que tiene como expresión el ideal de vida burgués. Los grandes economistas de las escuelas Clásica y Liberal son sus teóricos; son ellos los que enseñaron a los hombres que la riqueza debe ser su preocupación fundamental. El ideal de la vida burgués fué expuesto por Stuart Mill en su célebre teoría del "Homo Economicus". La culpa de nuestra crisis se atribuye al marxismo, pero es falso: Marx es hijo del capitalismo liberal y es un hijo fiel, que lleva a su extremo el ideal de vida burgués. Si éste consiste en la acumulación de la riqueza, declaremos que ella, la riqueza, y por ende la economía, es lo único que tiene realidad; los hombres al servicio de la economía, tal es la conclusión que obtuvo Marx del Liberalismo. La crisis que padecemos no es a causa del marxismo, sino por la culpa de la escuela liberal; liberales y marxistas persiguen la misma finalidad: el paraíso de las riquezas, pero les falta el espíritu, porque lo han ahogado. Tampoco sería justo confundir Individualismo y Liberalismo, que son posturas distintas, y aun antagónicas; aquél contempla a la persona humana, éste al homo economicus; por eso, ahora que conocemos las obras de Juan Jacobo Rousseau, estamos en aptitud de decir que no fué partidario de la Escuela Liberal, pero que sí reclamó el respeto a los derechos del hombre. Quisieron los economistas liberales hacer creer que sus ideas eran la doctrina del individualismo; mas es falso y por eso pudo Juan Jacobo enseñar que el origen de la desigualdad entre los hombres estaba en la propiedad privada. Todo cambió en Occidente con la aparición del espíritu burgués; los hombres y los pueblos no se dedicaron siquiera a hacerse la guerra, sino a buscar la manera de explotarse los unos a los otros.

Es preciso que la juventud se ponga en guardia. Hoy pensamos, tal vez sin darnos cuenta, dentro de los moldes del materialismo histórico; y es que los hombres están empeñados en hacernos creer que la transformación del mundo económico debe destruir los cimientos tradicionales de nuestra conciencia. Aceptamos que existe una tremenda injusticia social y que no es posible tolerar los sistemas de explotación a que son sometidos los hombres y los pueblos débiles; no queremos más liberalismo y deseamos que en el artículo tercero de nuestra Constitución se diga que la educación tiene igualmente como fin despertar en

el educando la conciencia de que nadie tiene el derecho de explotar el trabajo de los otros hombres y de los otros pueblos. Creemos en la transformación económica del mundo, pero no entendemos que la solución de este problema implique la destrucción de nuestros valores culturales y morales. Queremos un mundo económico mejor, con una justicia social; pero de hombres con conciencias libres y con espíritu propio.

Qué grande fortuna es que en esta Universidad podamos celebrar el Día de la Raza, sin tener que aplaudir a algún caudillo y expresando con libertad el pensamiento. Y qué plena de significados es para el mundo esta fecha: doce de octubre de mil cuatrocientos noventa y dos.

Es la fiesta de la España inmortal, que va a formar la historia y la cultura de todo un mundo nuevo, de la América Hispánica. Es la España del Cid que acababa de rescatar para su fe la península ibérica; es el pueblo generoso que se apresta a fertilizar con su sangre los campos y las razas autóctonas de América; es el espíritu que se prepara para convertirse en nueva Atenas y ofrendar a las letras castellanas y a la pintura universal un siglo de oro. Tierras de Castilla que tan bellamente canta Machado en nuestros días: esperamos que pronto sepan tus hijos romper las cadenas del siglo materialista en que vivimos y se hagan otra vez dignos de su pasado eterno. Entendemos a España como creadora de un mundo; mas no de un imperio: un mundo es espíritu, un imperio materia. Y España trajo el espíritu a las Américas, en la cruz y en la fe y en la hidalguía castellana y en los misioneros y en su idioma y en las Leyes de Indias, y si no fueran bastante estos ejemplos, en esta Universidad Pontificia en que hoy nos encontramos; en la misma en que leyeron ingenios como Cervantes de Salazar; en la misma de donde salió Juan Ruiz de Alarcón; en esta Universidad que es el espíritu de México, pese a los traidores que nos han atacado, y de la que esperamos sea, si por fin nos comprenden un poco los poderosos, el espíritu de la América Hispánica y de la Raza Cósmica de que habla Vasconcelos. España quiso un mundo y no un imperio: qué abismo separa a la "Escuadra Española", que lleva en sus naves al padre de las letras nacionales, al señor de Don Quijote, y que con don Juan de Austria salva a la cultura occidental en la Batalla de Lepanto, y la "Escuadra Inglesa", que nunca ha dado batallas como no sea para abrir a cañonazos las rutas comerciales de su imperio. Un mundo fué el creado por España, con generosidad inmensa y sin pensar nunca en sí misma; no quiso Castilla un imperio; por eso pudo regar con su sangre aquellos dominios en los que nunca se ponía el sol. "Sangre de Hispania

fecunda”, dicen los versos de Rubén Darío. Porque no quiso un imperio, pudo España gastar el oro de nuestras minas y las riquezas de América en defensa del espíritu: qué íntima satisfacción para los pueblos de América, saber que sus riquezas no se guardaron en Madrid, como guardan los avaros sus dineros; que no sirvieron para levantar fábricas ni fundar el poderío económico del pueblo. Qué lejos estaba España del espíritu de la economía liberal que se anunciaba en las tierras forjadoras de imperios; qué alegría para el Nuevo Mundo saber que nunca interesó a España el problema de la economía, y qué significativo que en las tierras de Castilla no haya florecido la ciencia económica y que nada podamos decir los hispanos al lado de los grandes genios, Adam Smith, Ricardo, Stuart Mill. Nada se guardó España: sus mejores misioneros, yo diría, los mejores misioneros del mundo y más aún, los únicos verdaderos misioneros del mundo, don Vasco de Quiroga, el civilizador inigualable, y Fray Bartolomé de las Casas, aquel insigne varón que demostró frente a Sepúlveda la racionalidad del indio y su derecho al Paraíso Eterno; y el arte español que cubre de iglesias y palacios el suelo americano y las tres grandes Universidades de América: México, San Marcos y Santo Domingo, y los Colegios de cuyo número no tenemos memoria.

Es también el doce de octubre una fiesta latina, porque eso es España, porque es la sucesión de Roma y porque es el futuro del mundo. Cuánta perfidia en la historia al separar a Francia y a España; pero tenemos fe y esperanza en que la Madre Patria y la Francia inmortal salgan de esta crisis unidas para siempre, para bien de la Humanidad y de nosotros: deseamos a Francia como hermana de la Madre Patria. Son la misma raza y tienen el mismo destino frente a enemigos comunes, como somos una misma raza y tenemos el mismo destino los pueblos de la América Hispánica. Y también quisiéramos que al hacerse la reforma de la Escuela Preparatoria y de la Secundaria, fuéramos otra vez al francés como idioma obligatorio, para aprender, como lo hicieron nuestros padres en la cultura de Francia, a ser latinos y desterrar ese aborto de los últimos años que se llama el pochismo.

Y es, finalmente, la fiesta de la América Hispánica. Cómo quisiera ser poeta para cantar sus glorias. Qué suerte tan grande y qué hermoso destino el de la América nuestra. Ser hijos de España y tener en las manos el destino de las razas latinas. Y qué enorme responsabilidad para todos: hoy celebramos el descubrimiento del Nuevo Mundo, pero nos falta construirlo.

Qué pretensión es hablar de la América Hispánica, porque no puede definirse y porque es un problema de fe. Quien no la sienta en el fondo del alma, no podrá nunca entenderla. Siento a los pueblos de América idénticos al alma de España, y si hubiera de decir cuáles son los elementos que forman nuestras razas, diría que es la lengua de Cervantes y la religión de Cristo. No desconozco a las razas autóctonas de América; creo indispensable, porque así lo hicieron los misioneros de España y porque ellos nos enseñaron y porque nos legaron ese imperativo, luchar por la elevación del indio; pero la raza de América es Cristo y Cervantes, porque la raza no es carne, como en vano lo pretende el mito nazista, sino espíritu. Estamos obligados a incorporar al indio a la cultura hispánica, pero nunca a negar nuestro pasado y nuestra esencia. Que acabe esa tendencia interesada, que viene de fuera y que pretende apartar de la cultura hispánica a nuestro pueblo, a pretexto de un indigenismo que no existe; no olvidemos que México forma parte de la América Hispánica, que nadie podrá separarnos, que nuestro destino se impone y que la cultura de este Nuevo Mundo es cultura hispánica.

Queremos para México una cultura hispánica. No negamos el valor de las culturas indígenas. Contemplamos con admiración los monumentos arqueológicos de San Juan Teotihuacán, de Chichén-Itzá y de Monte Albán; la escultura azteca y la poesía indígena, que tan bellamente ha traducido al castellano el Padre Garibay. Pero dejémosnos de propaganda turística y cuando nos pregunten por los grandes valores de nuestra cultura, y cuando busquemos los modelos eternos para el arte del futuro, sepamos decir que son los patios maravillosos de esta Escuela Nacional Preparatoria y el de nuestra Escuela de Medicina y la escalera monumental del Palacio de Minería.

Queremos una América Hispánica única, unida para siempre. Y cómo reina el espíritu en ella; con cuánta satisfacción miramos que los productos que nos vienen de la Argentina son libros, que es espíritu; qué grande hermana tenemos. Que otros, los imperialistas, construyan las máquinas guerreras; nosotros dejemos obrar al espíritu.

Queremos vivir en paz con todo el mundo: no tenemos odios para nadie, ni guardamos rencores; pero exigimos respeto absoluto para nuestras nacionalidades, para nuestro territorio, para nuestra cultura, para nuestros gobiernos, para nuestra economía.

América Hispánica, ten fe en tu destino.

México, D. F., a 12 de octubre de 1941.